

Mujer en su ventana

Relato en un vitral

Se rompió de una vez el afiebrado vitral de tu recuerdo.
En menudos fragmentos cayó como el granizo rebelde nuestra historia
desde un alto verano hasta la alcantarilla de los sueños.
Fue imposible rehacer ese relato, disputarlo a la arena,
lograr que coincidieran las miradas, los colores, los tiempos.
Nada volvió a su siempre, a su errante sopor.
El sol es un agujero en todas partes
y los más bellos años no son más que una irreconocible polvareda
donde una sombra impía dibujó el laberinto del error, del engaño y del olvido.
Se perdió todo el oro junto con los pedazos del hechizo,
las brillantes escenas que un día encandilaron a las constelaciones del amor,
a los protagonistas ejemplares del mito.
Rojo avasallador, rojo implacable,
el torrente insensato de tu sangre enmascara mi rostro,
lo transforma en un eclipse, en una nebulosa.
Mi cuerpo no soy yo; es un cuerpo sin nadie,
decapitado a ciegas por los tigres guardianes de tu tiránico deseo,
a cambio de otros cuerpos, en el altar del sexo.
Se avergüenza el azul, se desvanece, se borra con el cielo
justo donde trocaste la eternidad por una llamarada
y el éxtasis por hambre, por una endemoniada y acuciante jauría.
¿Y en nombre de qué ley nuestra casa es apenas un desván, una jaula, un farol,
o esa blanca pared que se prolonga en la intemperie,
mientras fundas tus casas sobre raíces negras,
sobre falsas alianzas y ligaduras rotas?
La respuesta es de astillas.

No alcanza ni siquiera para fraguar tu asombro; apenas tu silencio.
Sólo quedan residuos.

Pero en esas partículas radiantes está inscrito el final de cualquier aventura.
No habrá más porvenir, ni un viajero perdido ni otra bella durmiente,
y el eterno retorno del tiempo enamorado
será sólo castigo.

Con la misma piel

Fue muy largo esta vez el año de las víboras,
duro como la trama que aprisiona el adiós en la sustancia inmóvil.
Sus nudos me ciñeron al vacío,
a la viga que corre sobre las sorprendidas salas del infierno
y que me balancea a punto de arrojarme,
a punto de ceder.

Fue cruel la temporada de las víboras
—la más cruel del bestiario—,
su látigo enredado a mis tobillos sometiendo el lugar
y su turbio veneno destilando la furia y el reclamo por mi maldita boca,
contra todo perdón.

¿Y hasta dónde tapizarán con piedras tramposas mi camino?

¿Y hasta cuándo cancelarán la entrada de los más deslucidos paraísos?;

Donde había un jardín crecieron como locas las gramillas.

No hubo vino feliz ni el sol volvió a salir desde mi puerta.

Mi mesa está rajada; mi silla no está en pie.

En mi cama hizo nido el alacrán y las sábanas son sudarios congelados.

He perdido pedazos de mi cuerpo, trozos irrecobrables.

Mi alma fue estrujada como un mísero trapo,

molida en el abrazo constrictor de las víboras que se muerden la cola alrededor de mi destino.

Porque no habrá relevo.

No habrá más rotación de sabandijas. Ningún cambio de piel.

Y desde cada cara vendrá Job a predicar su ejemplo,

erróneo, insuficiente, lamentable,

porque nunca, jamás, ninguna recompensa desandarará la pérdida.

Mujer en su ventana

Ella está sumergida en su ventana
contemplando las brasas del anochecer, posible todavía.

Todo fue consumado en su destino, definitivamente inalterable desde ahora
 como el mar en un cuadro,
 y sin embargo el cielo continúa pasando con sus angelicales procesiones.
 Ningún pato salvaje interrumpió su vuelo hacia el oeste;
 allá lejos seguirán floreciendo los ciruelos, blancos, como si nada,
 y alguien en cualquier parte levantará su casa
 sobre el polvo y el humo de otra casa.
 Inhóspito este mundo.
 Áspero este lugar de nunca más.
 Por una fisura del corazón sale un pájaro negro y es la noche
 —¿o acaso será un dios que cae agonizando sobre el mundo?—,
 pero nadie lo ha visto, nadie sabe,
 ni el que se va creyendo que de los lazos rotos nacen preciosas alas,
 los instantáneos nudos del azar, la inmortal aventura,
 aunque cada pisada clausure con un sello todos los paraísos prometidos.
 Ella oyó en cada paso la condena.
 Y ahora ya no es más que una remota, inmóvil mujer en su ventana,
 la simple arquitectura de la sombra asilada en su piel,
 como si alguna vez una frontera, un muro, un silencio, un adiós,
 hubieran sido el verdadero límite,
 el abismo final entre una mujer y un hombre.

¿La prueba es el silencio?

Con un costado vuelto hacia este mundo,
 solamente un costado, expuesto día y noche a la depredación y a las mareas,
 y el resto sumergido no sé dónde, a tientas y a temblor,
 espero desde tu sombra en blanco una señal.
 He oído el confuso parloteo de bocas invisibles en el bosque nocturno,
 y hay alguien que me sigue paso a paso
 y es puro resplandor y es sólo ráfaga cuando yo lo persigo;
 a veces una lágrima cae sobre mi mano,
 helada, desde nadie,
 lo mismo que la llama del aliento que de repente corre por mi cara.
 Pero esas no son pruebas.
 Ni siquiera evidencias de que los muertos vuelvan.
 ¿No son más bien los vínculos que fragua la nostalgia,
 así como la oscuridad convoca siempre un campo de amapolas detrás de la pared
 y cada luna llena busca por los canales los espejos trizados del amor?
 ¿Y ahora por qué vienen estas frases arrancadas de cuajo

y todos estos cielos desfondados y rotos?
Yo no te reclamaba emanaciones de las dichas perdidas,
fantasmas que se rehacen a partir de un perfume, a partir de un sollozo,
y que son los fantasmas de mi negación.
Pero desde el costado que se desprende y huye con su bolsa de huesos
hasta el otro, el oculto, el increíble,
el que acaso aletea contra la semejanza en medio de la mayor oscuridad,
yo te pido un milagro, tan leve,
tan fugaz como el humo que un sueño deposita debajo de la almohada.
No, yo no necesito un testimonio de tu exacta, entreabierta existencia,
sino una prueba apenas de la mía.
Ah, Señor, tu silencio me aturde igual que la corneta del cazador perdido entre las nubes.
¿O estará en el castigo, en el Jordán amargo que pasa por mi boca, tu respuesta,
la voz con que me nombras?

Olga Orozco

